

# DIFICULTAD Y RIESGO

POR MARCOS FELIU DORD

A Jesús Vidaurreta, compañero de mis primeras escaladas.

Me hallaba en aquella ocasión caminando a través de uno de los más agrestes circos del Pirineo. Allá en lo alto unos pétreos gigantes, mudos, pero a la vez elocuentes con su descomunal altura, parecían querer empequeñecerme aún más. El sol caía a plomo y la mochila parecía pesar más que de costumbre. Gruesas gotas de sudor rodaban por mi rostro. Sentí una imperiosa necesidad de detenerme y refrescarme en las gélidas aguas. Y descansar...

Recostado en el familiar respaldo de la mochila contemplaba aquellas ingentes, verticales e interminables paredes. Y me puse a pensar en la manera en que nos atrae la montaña, en como aquéllas dentadas y altas cimas nos subyugan y nos incitan a subir, a remontar los más penosos lugares. Y como queda siempre aquel deseo de subir más, de cabalgar afiladas crestas y sútiles cornisas de nieve, compitiendo con la veleidosa brisa. ¿Pero para qué divagar? Resulta inútil tratar de razonar sobre nuestra pasión por la montaña cuando ésta alienta en lo más recóndito de nuestro ser. Quizás, como decía Arnold Lunn, «Sería profanar caros deleites, hablar de nuestras cosas a los profanos».

Aquellas altas paredes y pulidas losas por las que parecía imposible encajarse, habían sufrido ya el ataque victorioso de unos hombres audaces. Pensé en ellos, amigos míos algunos, montañeros auténticos que merced a una voluntad férrea habían logrado hacer realidad sus ilusiones. Su valor y temple les habían llevado hasta la cúspide de aquella vía de dificultad extrema, luchando sin tregua ni descanso atezados a la roca, durante horas incontables.

Sin pretenderlo sentí envidia de no marchar con ellos a compartir aquellos riesgos terribles, aquella lucha entre cielo y tierra. Batalla más que con la roca, con el miedo y las energías del cuerpo. Unidos a una misma cuerda salvar peligro tras otro para al final acabar unidos con un vínculo casi fraternal. Sí, quisiera vivir con ellos todas sus horas, no sólo las buenas, sino incluso las malas. Saborear aquellos momentos dichosos que tras épica lucha rematas el paso decisivo y alcanzas segura reunión. Luego acariciado por su suave brisa, descansar asegurando al compañero. Alrededor, las águilas revoloteaban azombradas ante la osadía de los que invaden sus dominios. Y gozar de aquellas raras perspectivas y ángulos de vista gozados por pocos mortales. Y aquellos momentos sublimes en que los

gigantes de más de 3.000 son tocados por los rosados dedos de la aurora, instantes que compensan por sí solos todas las penalidades de un incómodo vivac. ¡Pero! ¡Cuando cambia el tiempo! Esta frase es tan sencilla y usual que no parece encerrar tanto horror como el que supone para los que se hallan en la pared.

Lo que era gozoso y viril camino a la cumbre puede trocarse en trampa mortal. El granizo tabletea furioso sobre los desdichados. El agua lo invade todo, chimeneas, fisuras, cuerdas, ropas y botas. El trueno y las descargas eléctricas terminan de anodadar al más templado. Espectáculo sublime y terrorífico a la vez, cuya única salida es la voluntad. Una voluntad que firme sujeta los nervios y las últimas energías de un cuerpo que gime. Sí, para aventurarse por determinadas «vías» hace falta un valor a toda prueba y un verdadero afán de superación. Un valor que no me explico de dónde sacan aquellos hombres para mantener vivo aquel espíritu, en circunstancias adversas. ¿Valor, dije? ¡Cielo Santo! ¡No!

De repente se hizo la luz en mi mente. No era el valor lo que animaba aquel espíritu. Era simplemente el Amor, pero amor sin límites, ciego y apasionado, lo que hacía falta para lograr aquellas escaladas. Era necesario para acallar aquellas sensaciones que son como ecos de aquella sentencia tibetana que leí por alguna parte: «El que ha oído la voz de la Montaña, no podrá olvidarla jamás y ésta le llamará día y noche, le atraerá y acabará por devorarlo». Sí, en esta vida lo necesario es tener ilusiones. La ilusión es la pequeña llama que enciende la hoguera de las grandes realidades...

De nuevo cargué la pesada mochila sobre mis doloridos hombros, empuñé el picotet y seguí caminando...